

# Arte y Estética en los Devey y Figari

Por ARTURO ARDAO



«...además parecía tal estado de cosas, era un gran estado profético, o más bien, una dialéctica, la tesis de este espíritu, el espíritu de esta época, como otras muchas proposiciones de este libro...»  
 «Cuando alabes esta tesis, también será un lugar común el que el arte... es la acción del espíritu, que es la tesis, en la que la «ciencia» es en rigor una síntesis que las acciones de las naturalezas a una feliz término. Así desaparecerían las separaciones entre el arte y la ciencia, y la división de todas las cosas en naturales y artísticas, y se daría un arte práctico y teórico, arte y ciencia, del arte en sí y del bello, analizando el espíritu».  
 John Dewey.

Las expresiones del epígrafe pertenecen a la obra de John Dewey, *La Experiencia y la Naturaleza*. Esta edición inglesa es de 1925. (1) Puede verse por ellas la apломada seguridad que le asistía de anticipar en su obra un conjunto de tesis, para y cuya admisión los tiempos no estaban todavía preparados. Se trataba de tesis capitales en los dominios del arte y la estética con proyecciones en el campo del conocimiento. No eran ellas, por otra parte, tesis aisladas o yuxtapuestas, sino íntimamente correlacionadas, al punto de constituir una verdadera doctrina, inseparable a su vez del cuerpo general de la filosofía de Dewey. (2)

Pues bien, esas tesis, con el mismo carácter sistemático y por los mismos fundamentos filosóficos, aparecen sostenidas por Pedro Figari, en su obra *Arte, Estética, Ideal*, publicada en Montevideo en 1917 y, trece años antes de la obra publicada en la de Dewey. La misma seguridad de estar presentando ideas profundas e innovadoras, le la acompañan también a él. Lo hace, por otra parte, con mayor amplitud y desarrollo: constituye el tema de su libro lo que Dewey es en el suyo, el espíritu, por su anchos caminos propios, refuerza, en cambio, la del uruguayo. La historia de la filosofía, como la de la ciencia, se repite en esta ciencia de coincidencias, productos del natural despliegue de sus virtualidades por una determinada dirección del pensamiento. En este caso se agrega el interés de un curioso paralelismo entre las filosofías del norte y el sur de América, manifestado en el mismo empeño emancipador en una materia especialmente dominada por el prestigio y la fuerza de la tradición.

El libro de Figari tuvo poco después dos ediciones en francés, en París; una en 1920, con prólogo de Henri Bergson, otra en 1925 con prólogo de Desiré Roussin. En esta última cambió su título primitivo por el de *Essai de Philosophie Biologique*, más expresivo no sólo sobre la orientación doctrinaria sino también de la generalidad de su contenido. Proyectado inicialmente como un ensayo de estética, se centró luego sobre la materia en un ensayo de filosofía general, en el que aparecen como elementos básicos una metafísica y una antropología filosóficas. Solo tomamos en cuenta aquí su estética, y en ella los aspectos esenciales en que resalta la coincidencia. En este caso se agrega el interés de un curioso paralelismo entre las filosofías del norte y el sur de América, manifestado en el mismo empeño emancipador en una materia especialmente dominada por el prestigio y la fuerza de la tradición.

Esos aspectos esenciales pueden resumirse así:  
 1º — Eliminación del dualismo entre arte útil, instrumental, y arte bello, final; en todo arte hay una comprensión de medios y fines: todo arte es instrumental, inclusive el llamado arte bello, y todo arte es final, inclusive el llamado arte útil.

2º — Eliminación del tradicional exclusivismo estético que reserva el llamado arte bello; todo arte puede llevar al goce estético, inclusive el llamado arte útil.

3º — La ciencia es arte, al margen de toda significación estética, en el sentido

de sentido de que participa del carácter utilitario e instrumental de todo arte en general; y es a la vez arte, bajo el ángulo de su existencia en el sentido de que ella también participa de la belleza.

4º — Ciencia, arte instrumental, es la ciencia que investiga; ciencia, arte bello, es la ciencia en cuanto resultado o producto. No siempre, sin embargo, es posible el deslinde de hecho entre ambos aspectos.

5º — Eliminación del dualismo entre arte y naturaleza; los procesos del arte y los de la naturaleza son los mismos procesos científicos, no hacen sino proseguir y culminar los procesos naturales.

La tesis de que la ciencia es arte, en la que Dewey ponía especial énfasis, había sido anticipada por Figari con el radicalismo filosófico. Parlaba de una concepción muy amplia del arte. Arte es para él todo arbitrio o recurso de la inteligencia aplicado a mejor relacionar el organismo con el mundo exterior, a fin de satisfacer sus necesidades. Entre arte y naturaleza radicalismo filosófico, desde que a medida que la especie evoluciona ellas se transforman incesantemente en necesidades. No tenemos que intervenir el arbitrio o recurso deliberado e inteligente en la satisfacción de una necesidad, sino en la intervención del arbitrio o recurso deliberado e inteligente en la satisfacción del arte, dice: «Lo único que parece ya consagrado, es que todo lo que se encuentra en esta ciencia está fuera del campo artístico, y si lográramos demostrar que no es así, quedaría comprobado lo que hemos dicho antes, de que el arte es un medio universal de acción y que se ofrece como un mismo recurso esencial, en todas las actividades humanas de la misma». A esa demostración se dedica, en seguida, empezando por una crítica de la concepción corriente que separa entre sí el arte y los tecnológicos, el arte y la ciencia. Concluye: «Ciencia es la conquista operada por el esfuerzo artístico en el sentido de conocer» (3).

Refiere luego al caso de la ciencia una distinción que más tarde será muy grata a Dewey, entre el arte como esfuerzo, instrumento o recurso, y el arte como resultado, obra o producto. En su concepto, el verdadero arte es el primero, pero no se ejercita sino con vista al segundo. En el caso de la ciencia ocurre lo mismo: «La ciencia es el esfuerzo que se realiza en esta orden de esfuerzos intelectivos, deliberados y, por lo mismo, artísticos. Es arte evolutivo, porque el arte es el medio mediante el cual se logra llegar a cada línea de cada rama investigadora a su punto terminal científico, ha sido menester acumular pacientemente observaciones bastante para permitir una síntesis. La ciencia se presenta así como un resultado del esfuerzo artístico. El resultado del conocimiento tiende a operar la evolución final en cada senda, ampliando los dominios de la ciencia, los del hombre, y se ofrece así como «arte de conocimiento» que ha llegado al término de su evolución». Y todavía nos queda ante que la verdad científica adquirida (arte evolucionado) y la investigación científica en acción (recurso artístico) «se traban y confunden de tal modo, que es difícil determinar la línea de separación entre ambos dominios: en la experimentación preparatoria de los laboratorios, el investigador va utilizando el conocimiento, a la vez que el recurso que se le sirve de base o que procura ampliar el conocimiento» (4).

Se reacciona contra el exclusivismo estético que reserva la belleza al tra-

por ese mismo, el arte y la belleza son entidades sobrenaturales o esotéricas, determinadas por un concepto trascendente de lo «espiritual» y lo «ideal». Tienen con la naturaleza la comunidad que con ella tiene todo lo humano, incluso eso que se llama el ideal y el espíritu. De aquí, en Dewey y en Figari, una axiología naturalista, inseparable a su vez, en uno y otro, de una antropología y una metafísica del mismo culto.

La obra de Figari, que por algo se titula *Arte, Estética, Ideal*, se coronaba así por una teoría del ideal, para la cual éste no es más que la aspiración a mejorar, determinada por el instinto orgánico en su empeño de adaptarse al ambiente natural. No es establecido o preestablecido por un orden independiente de la experiencia, desde donde haga sentir su imperio con valor absoluto sobre el espíritu humano. Lo crea el hombre a impulso del anhelo orgánico que lo aguijonea constantemente, y cambia tanto como cambian las situaciones de ese mismo impulso, a la vez que el propio hombre y sus roles y arbitrios de acción. La axiología empirista y relativista que de aquí resulta, armoniza íntimamente la concepción del ideal y del valor que corona también el libro de Dewey, y que, con referencia a la estética, respara luego en El Arte como Experiencia. No es el ideal una entidad escindida de la naturaleza, generando contradictoriamente, por inspiración misteriosa, las creaciones del arte, sino continuidad y desarrollo de la naturaleza misma, con raíces profundas en la existencia, a la que ilumina, orienta y perfecciona desde adentro.

Se acostumbra señalar como rasgo característico de la filosofía latinoamericana, el rechazo del naturalismo y la preocupación por los temas del hombre y la cultura. La verdad es que en un sector de ella se ha perdido por completo hasta el sentido de nuestra pertenencia a la naturaleza, no ya la fidelidad que, en el decir de Dewey, le debemos.

(Pasa a Pág. 23)

## AHORA EN ESPAÑOL

Un libro discutido en todo el mundo:

Sir ANTONY EBEN

## MEMORIAS

(1945-1957)

Una obra clave para comprender la política contemporánea

Un volumen de 760 páginas, en tela \$ 72.50

Distribución y Venta:

LIBRERÍA ALFA

Ciudadela 1389 - Tel. 9 61 35

(Envíos al interior contra reembolso)

Una nueva orientación en cerramientos exteriores, aluminio anodizado

Sorrentino y Cía Ltda. FABRICA DE CORTINAS DE ALUMINIO

Hocquay 1689 Tel. 20-18-45



# Arte y Estética

(Viene de Pág. 21)

El exclusivismo culturalista en que por ese lado se ha caído, —tan pernicioso como el exclusivismo naturalista del viejo cientificismo— lo es, más que del tema, del criterio filosófico que se sustenta. Un abismo se ha cavado entre naturaleza y cultura, con radical separación de las ciencias que tratan de una y otra, prescindiéndose en absoluto de las primeras para la interpretación del hombre. La filosofía del hombre y la cultura se ha vuelto así indiferente cuando no hostil al concepto de naturaleza, con extraño olvido de que tanto la cultura como el hombre son, no ya realidades conectadas con la naturaleza, sino antes naturales ellos mismos. En la tradición filosófica latinoamericana Figari tiene por ello un singular significado. Ejemplifica un caso de eficaz sportación a ese inmanentismo naturalista del que en la filosofía universal contemporánea es Dewey el más alto representante.

(1) Págs. 312 y 392 de la edición española, traducción de José Gasc, México, 1948.

(2) Se puede tener una idea de esa doctrina, desarrollada y fundamentada en el denso capítulo IX de la obra, a través de los fragmentos citados y otros como éstos: "Establecer una diferencia de género entre las artes útiles y las bellas, es, por tanto, absurdo, puesto que el arte entraña una peculiar compenetración de medios y fines... El pensamiento es eminentemente un arte; el conocimiento y las proposiciones que son los productos del pensamiento, son obras de arte, no menos que la escultura y las sinfonías... Del método científico o del arte de construir percepciones verdaderas se afirma en el curso de la experiencia que ocupa una posición privilegiada en el ejercicio de otras artes. Pero esta posición única no hace sino darle con tanta mayor seguridad el puesto de un arte; no hace de su producto, el conocimiento, algo aparte de las otras obras de arte... Cuando se haya desarrollado un arte de pensar tan adecuado a los problemas humanos y sociales como el que se usa para estudiar las lejanas estrellas, no será necesario argüir que la ciencia es una de las artes y una más entre las obras de arte. Será bastante señalar situaciones observables. La separación de la ciencia respecto del arte y la división de las artes en las que se ocupan con simples medios y las que se ocupan con fines en sí, es una máscara de la falta de coincidencia entre el poder y los bienes de la vida. Cuando los creadores de tales obras de arte [del llamado arte bello], tienen éxito, tienen también títulos para merecer la gratitud que sentimos hacia los inventores de microscopios y microfones; a la postre, franquean nuevos objetos que observar y gozar. Esto es un verdadero servicio; pero sólo una edad de confusión y vanidad a la vez, se arrogará el derecho de dar a las obras que acarrearán esta especial utilidad el nombre exclusivo de arte bello".

(Ibidem, págs. 307, 308, 309, 312, 319-20. Las mismas ideas estarán más tarde presentes en el libro de Dewey El Arte como Experiencia, cuya primera edición inglesa es de 1934).

(3) Arte, Estética, Igual, Montevideo, 1912, págs. 16 y 18.

(4) Ibidem, págs. 20, 21 y 22.

(5) Ibidem, pág. 291. Véase supra, parte final de la nota 2.